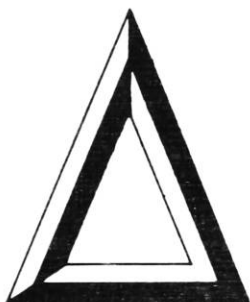


Manuel Jiménez Castillo

DOS RELATOS



La paz del fuego

5

Manuel Jiménez Castillo

DOS RELATOS

2893756



AZCAPOTZALCO
COSEI BIBLIOTECA

242089

La paz del fuego

5

ISBN 968-597-251-6

Colección La Paz del Fuego

Editor: Bernardo Ruiz

Asesor editorial: Héctor Carreto

Av. San Pablo 180, México 16, D.F.

Manuel Jiménez Castillo, Derechos Reservados, 1981 ©

Impreso en México/Printed in Mexico

Ediciones de la Coordinación de Extensión Universitaria

Unidad—Azcapotzalco

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

**LA CRIA DE UN CERDO, O EL GENESIS
DE UN POLITICO**

Había una vez una zahurda con un cerdo casi rosado (de color), éste no tan gordo ni tan flaco: regular más bien. Pero había unas gentes que estaban muy preocupadas por verlo en corto tiempo gordo, siempre pensando que fuera lo más voluminoso posible. Le daban de comer cuanto cosa tuviera textura masticable, de ahí que en algunas ocasiones le suministraran alimentos demasiado tóxicos y hasta venenosos (sin querer) que en ciertas etapas, para la angustia y desesperación de los interesados en lograr verlo como un "barril", el cerdito presentara síntomas de "estancamiento", "subdesarrollo", "esbeltez", y hasta "tristeza". Por tales motivos se recurrió inclusive a la consulta de un veterinario, caso insólito (tomando en cuenta que los interesados no eran ni siquiera medio ricos), y a la generosa ayuda de amigos y vecinos para que aportaran *sobras* (deshechos de alimentos) y cuanto elemento dietético fuera posible para alimentar al rosado puerquito en vía de desarrollo; la ayuda fue más que generosa, ya que no sólo los vecinos sino gran parte del pueblo y de lugares localizables más allá de las fronteras del país se mostraron cooperativísimos en la alimentación del tragón animalito. La famosa ayuda no era muy desinteresada que digamos, aunque no se decía nada, aunque todos daban su cooperación calladamente, el 99.9 % abrigaba la esperanza de que, cuando lo convirtieran en mate-

ría cocinable y los derivados posibles a surgir, de perdida les hicieran partícipe de una patita, ya una orejita o tal vez un pedazo de "chicharrón".

Pero sucedió que, como el cerdito engordaba y engordaba, y no llega el momento del sacrificio, muchos menos indicios de la distribución "equitativa" de sus partes entre todos los que cooperaban para darle vida, hermosura, lozanía y gordura; un día, maravillosamente insospechado, el cerdo se convirtió en un político, desde luego, un político rosado, gordo, con papada y toda la cosa; vestido como debe vestirse un político idecentemente! y de acuerdo a su clase (la de los gordos), con traje gris oxford, camisa blanca y corbata a rayas.

Y este cerdo, mejor dicho, el político, con toda la facha incuestionable de ser de esos que el dominio público califica "de los gordos" o "mucho nalga" (tal vez senador o ministro), se vio consternado, contrariado, casi podría decirse que espantado al no dar pie con bola de ¿por qué estaba ahí? Sin querer moverse, más bién sin mover un dedo (del pie) gritó: ¡Sáquenme de aquí! Parecía que nadie estaba a 1000 metros a la redonda; mientras tanto él (el político) con sus delicadas aunque regordetísimas manos se secaba incensantemente, con un blanquísimo pañuelo blanco (recuérdese que los

políticos son muy pulcros), el sudor casi pluvial que le emanaba de la frente, del cuello, de la nuca, de los cachetes (él las llamaba mejillas o carrillos) y parece que también de la calva —aunque no recuerdo si este cerdo era de esos políticos que son calvos— ¡Ya era el colmo! el pañuelo estaba más empapado que una mecha de lámpara de kerosén, pero ni modo, en esas fechas el gordo no traía *klinex*, y por una sencilla razón: aún no se habían inventado, o tal vez aún no llegaban de los Estados Unidos para engrosar el acervo cultural de nuestro país o mejor dicho para engrosar la cultura de las gentes de “buen gusto” y sabedoras de lo que es “bueno” y “elegante”, y con dinero, desde luego.

Por fín, llegaron algunas gentes, de esas que aunque no las llamen como quiera llegan, a veces para bien a veces para mal, éstas creo para mal, pero llegaron. Y al ver a tan gordo, rosado, sudoroso y elegante señor, de inmediato entraron al lodazal a tratar de sacar al político de aquel lugar.

Yo que ellos mejor ni lo hubiera sacado, de todos modos ¿qué ganaron? inada! . . .absolutamente nada; pasó algo así como cuando sacaron a Don Porfirio de aquí para la sofisticada Francia y metieron a otro, no pasó nada, bueno, para algunos sí, pero los jodidos creo que ahora están más que an-

tes; así les pasó a éstos que sacaron al político gordo.

Bien, el gordo una vez en tierra firme (a los gordos siempre les gusta lo firme, trae muchas ventajas, aunque dicen algunos que firme y resbaloso son polos extremos —y los polos en algo se parecen—, y hablando de resbaloso “en la casa del jabonero el que no cae resbala”), empezó a dar órdenes, a pedir explicaciones, a pedir ideas, relaciones, conexiones (como las piden todos los gordos, ellos no tienen ideas propias: sólo saben administrarlas), del por qué estaba ahí. Al unísono se oyeron voces como: No sé señor, quién sabe señor, tal vez usted tenga una idea (obviamente que no la tenía), me permite tratar de explicarle, como usted quiera señor, etc. Así pasó el rato, el tiempo, los días, los sexenios, etc., hasta que se supo, que ese señor (el gordo), era un hombre que mandaba, que gobernaba, que otorgaba, que delegaba, que decía quién debería de vivir o morir; hagan de cuenta un señor que tiene cría de cerdos, y que es él quien decide que puerco se va para la cría y cual para el matadero.

Cuentan que después, en ese lugar donde el cerdo se convirtió en político, se volvió una especie de zahurda, pues ya no se sabía quiénes eran los cer-

dos y quiénes los gordos, mucho menos las gentes. Dicen que en ese lugar cayó una maldición (a ciencia cierta no se sabe si del cielo o del infierno) donde sistemáticamente los gordos y las gentes se convertían en cerdos y éstos en gentes o gordos, pero siempre está vigente la existencia de estos tres géneros: cerdos, gordos y gentes, en interrelación simbiótica y gregaria, pues a falta de una de las especies, aunque haya maldición, marcaría la ruina estrepitosa, casi instantánea, de ese sistema estructural "triádico" compuesto por cerdos, gordos y gentes.

LA NIÑA QUE MORABA EN UNA
CASA VACIA

“¿Por qué me llevas al interior de la casa? No se quieren tinieblas para lo que es justo. Mátame a la luz pública.”

(Sófocles, Electra)

Sé que no te tienen, te poseen. Sé ahora, pues me lo dijo la intérprete del oráculo que te miman para odiarte; por eso es que pienso que en mi casa, aquella vieja y sucia casa, algunas veces me odiaron abiertamente, para a fin de cuentas amarme un poco y enseñarme a amar a alguien.

Llovía. Saqué mi puñal, aquel objeto punzocortante tan bello que guardaba en mi viejo baúl ¿te acuerdas? Lo envolví en aquel pañuelo de encaje blanco que me regalaste ese día que te conocí. Y lo llevé a aquel señor siempre oscuro y sin rostro, se lo dí. Lo desenvolvió, lo empuñó y descargándolo sobre mí, sentí cómo con él me desgarraba el pecho; del cual salieron palomas blancas, que quisieron vaciarte los ojos y beber tu sangre. Pero ellos se cerraron para no ver más esas aves que se convertían en negros pájaros húmedos que vomitaban musgos de olores desagradables.

Había sucumbido toda una eternidad. El coraje se hizo confuso como el miedo, como la angustia. Un nudo indeciso se atoró en mi garganta; y atragantándomelo lo llevé a caminar por las calles que van rumbo a mi casa, tu casa. Más bien, a aquel lugar donde tal vez podríamos refugiarnos sólo tú y yo del sol, del agua, de las risas, de los egoísmos y de las palomas blancas que se convierten en pájaros llenos de humedad.

Morir, creo que es introducirse a una gran puerta de casa sin ventanas. No creo que sea escabullirse como los difuntos acaecidos por muerte natural. Creo que es la búsqueda de uno mismo. Como la princesa aquella que una vez tocó a tu puerta creyendo que era su castillo, y que se asustó mucho, al darse cuenta de que era un cementerio ¿te acuerdas?

Alguna vez, cuando hacía mucho sol, sentado en el quicio de una puerta vieja y rota, pensé que los muertos tenían un jardín lleno de flores silenciosas. Que cantaban como coros de niños, recuerdos de un lejano pasado. Y que por el contrario la vida era un largo lamento, como esos que salen de las bocas de las madres que pierden a sus hijos.

Tú ¿caso eras tú? la que sonriente se asomó por

la ventana, aquel día primero; con una blusa blanca, bordada con hilos azules que raspaban tu pecho. O era la idea vaga, completamente irreal; de alguien que perfectamente se dio cuenta que su locura había comenzado muchos años atrás, y que dos o tres veces había estado en un manicomio, encerrado junto a pájaros que hablan, mariposas que mueren poco a poco desecadas y de peces que se pierden en inmensas salas desérticas sutilmente teñidas de azul.

Bueno, creo que ahora en la mesa no hay vino tinto, por eso sólo te puedo ofrecer un poco de agua, pues no me había dado cuenta de que la botella estaba vacía; lo que pasa es que como el vidrio es oscuro, uno sólo atina cuando la toma para servirse. Pero no te preocupes, aquí en esta casa siempre hay algo que comer; o esperar que el panadero traiga algún pan para dividirlo. Espero no te haya enfadado ya, porque quiero platicarte algo, yo se que te gustará, pues a mí me agrada hablarte de todas estas cosas que no tienen mucho sentido, pero que de una en una podríamos inventar una larga historia, o un cuento. ¿Verdad, que a veces parecemos personajes de cuentos? y sobre todo con tantas influencias de que somos objeto. A veces, así afectados, se logra la imitación de actores, bufones y otros cómicos, y en ocasiones hasta se puede lograr llorar para darle forma a una antigua tragedia. . .

pero a veces también nos reímos ¿verdad?

Ya sé que ya te enfadé, y tú quieres que leamos ese libro de pasta amarilla con letras rojas. Pero yo no quiero, a veces, a momentos, sería mejor despedirme, decirte adiós, porque puedes llegar tarde a tu casa y encontrar sus puertas y ventanas cerradas, como cierran sus ojos y sus bocas los hombres que se mueren. Sí, despedirme y verte alejarte con tu blusa blanca de hilos azules que forman figuras que platican con tu pecho. Al fin y al cabo, aunque mereces y yo también un refugio donde encontrarnos, yo no tengo casa, porque me he acostumbrado a gastar las piedras de las calles, a resbalarme en las plazuelas y a desperdiciar la mirada en los aparadores. Bueno, ya no te enfado más. Tal vez mañana ya no llueva, y yo pueda verte una vez más; pero si mañana aún estamos vivos ya no te voy a contar ninguna historia, ningún cuento, te voy a cantar una canción, aquella de un pájaro azul que sólo vivió un día.

INDICE

La cría de un cerdo, o el génesis de un político	5
La niña que moraba en una casa vacía	13



2893756

LA PAZ DEL FUEGO 5 se terminó de imprimir el día 15 de abril de 1981 en los talleres gráficos de la Sección de Impresión y Reproducción de la Unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana. Se tiraron 100 ejemplares en offset sobre papel bond. La edición estuvo al cuidado de Roberto Cano y Bernardo Ruiz. EDICION DE LA COORDINACION DE EXTENSION UNIVERSITARIA. DISTRIBUCION GRATUITA.

COLECCION LA PAZ DEL FUEGO

- 1) Ana Flaschner. *Mirando pasar la eternidad*
- 2) Manuel Olivar. *Junto a la planta*
- 3) Ismael Pérez. *Y desde aquí te lo volvería a decir*
- 4) Alfredo Maqueda. *Huellas en la invisible arena*
- 5) Manuel Jiménez Castillo. *Dos relatos*
- 6) Jorge Arturo Ojeda. *Cristina y Octavio*
- 7) Oscar Mata. *Una visita a la ciudad de Kafka*
- 8) Pablo Millán. *Los límites del juego*
- 9) Máximo Simpson. *Taller de carpintería literaria vol. 1*
- 10) Máximo Simpson. *Taller de carpintería literaria vol. 2*

2893756

242089

COLECCION LA TORRE DE LOS TIEMPOS

- uno) *Himnos a la noche.* Novalis. Traducción de Jorge Arturo Ojeda.
- dos) *Tres cuentos.* H. P. Lovecraft. Traducción de Bernardo Ruiz.
- tres) *Cartas desde un arte lejano.* Humberto Martínez.
- cuatro) *Tres mujeres.* Sylvia Plath. Traducción de Carmen Boullosa.
- cinco) *Dos mabinogion.* Traducción de Bernardo Ruiz.
- seis) *Oda a una urna griega.* John Keats. Traducción de Miguel Angel Flores.
- siete) *Poemas de George Oppen.* Traducción de Miguel Angel Flores.
- ocho) *Ainulindalë.* J.R.R. Tolkien. Traducción de Cristina Fernández.
- nueve) *Un poema para Willie Best.* Imamu Baraka/LeRoi Jones. Traducción de Sandro Cohen.
- diez) *Cantos de Geisha.* Traducción de Jorge Mouriño.
- once) *Pensamientos sin Maquillaje.* Stanislaw Jezzy Lec. Traducción de Mateo Pliego.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA—AZCAPOTZALCO

Libro abierto al tiempo